

"NO ANTEPONER NADA AL AMOR DE CRISTO"

(RB 4,21)

La espiritualidad de san Benito se desarrolla enteramente a la luz del Evangelio; es cristiana porque es profundamente cristológica. Cuando un postulante acude al monasterio, la disposición primera y fundamental que san Benito espera de él es "la búsqueda de Dios" (c. 58). Ingresamos al monasterio, aún cuando no siempre tengamos clara conciencia de que ese sea el motivo, para encontrar a Alguien, para encontrar a Dios, a Cristo. San Benito sabe por experiencia, al menos confusamente, que la relación es esencial para la vida del hombre, así como constituye la vida del Dios tripersonal, honrado en la sagrada liturgia (c. 9). El novicio agrega el "*Gloria Patri...*" a su triple pedido de admisión y suplica al Señor que lo reciba según su promesa (*Sal* 118,116) para que no sea defraudado en su esperanza (c. 58). San Benito promete al monje que haya sido fiel en las purificaciones tan necesarias de la humildad que, gracias a la acción del Espíritu Santo, llegará a la caridad perfecta (c. 7). Ese amor constituye el encuentro mismo con Dios-Amor.

Pero este ascenso se realiza "*amore Christi*", por amor a Cristo. Ya en el prólogo de la Regla, san Benito advierte a su discípulo que tendrá que militar con las armas de la obediencia bajo la conducción de Cristo rey; tendrá que marchar siguiendo a Cristo (c. 4) hasta participar en su pasión

* De *Collectanea Cisterciensia*, Tome 46, 1984, 2.

(Prol). La fe le hará ver a Cristo presente en el abad (c. 2), en los huéspedes (c. 53), y especialmente en los enfermos (c. 36). El monje, animado por un amor muy ferviente, practicará el buen celo que conduce a la vida eterna; amará a Dios con una reverencia filial; manifestará respetuosamente una gran caridad hacia sus hermanos; amará a su abad con un amor humilde y sincero y, por encima de todo, no antepondrá absolutamente nada a Cristo, quien lo conducirá junto con todos sus hermanos a la vida eterna (c. 72). El monasterio es la escuela donde aprendemos a amar.

El espíritu de Cristo purifica al discípulo, le da la fuerza para atravesar por los "*dura et aspera*" que son el camino que conduce a Dios (c. 58). Y será por medio de la energía de la caridad como, confiando totalmente en Dios, llegará a obedecer hasta en cosas que le parezcan imposibles (c. 68). La empresa de la conversión es áspera y difícil; es la obra de Dios en el monje. Este debe colaborar en ella, "*ceñidos los riñones por la fe*", fundamento de la conversión que no cesa de progresar, y apoyado en una indefectible confianza en Dios (Prol), con firme esperanza en la retribución (c. 7). Antes de emprender el ascenso espiritual, hay que implorar a Dios que lo lleve a buen término (Prol).

Habrán observado el frecuente llamado al amor a Dios y sobre todo a Cristo, a la confiada seguridad de la esperanza, y a la fe, que se apoya en un continuo recurso a la Escritura. La regla de san Benito, marcada seguramente por algunas prácticas monásticas antiguas menos cristianas, desea conducir al discípulo "*por el camino del Evangelio*" hasta la visión de Dios (Prol).

Para poner bien en evidencia el carácter específico de la espiritualidad tal como la propone san Benito, sin duda es útil compararla con otras espiritualidades vividas en las religiones naturales. Como tampoco lo hace Cristo en el Evangelio, san Benito en su regla no desempeña el papel de un "gurú" que enseña a su discípulo los caminos de la concentración interior para alcanzar, en lo más profundo de sí mismo, un absoluto indeterminado: el gran Todo cuya trascendencia se impone con exclusión de todo lo que no es él. Para esas espiritualidades, los acontecimientos históricos no son más que apariencia.

Como tampoco lo realiza el Evangelio, san Benito no preconiza horarios fijos de oración, métodos, y muchos menos, técnicas de oración, u otros condicionamientos exteriores. Incluso podemos preguntarnos si la práctica de esos medios puramente humanos no corre el riesgo de hacer de la oración un *ídolo fabricado por la mano de los hombres* (Sal 115;4). No entramos al monasterio para encontrar la oración, sino para encontrar a una persona: Cristo. La vida en el monasterio permite ese encuentro quizás más fácilmente que en el mundo; en todo caso los monjes, no tienen el monopolio del mismo. La oración cristiana es el movimiento, el impulso hacia Dios inscripto en el ser mismo del hombre y ratificado por su li-

bertad. Desde adentro, desde el corazón, es de donde brota la oración (cfr. Mt 12,35; 1 Sam 16,7), y no por la aplicación de medios exteriores. Ella es la vida misma que se remonta hacia su Fuente. Es amor. La oración cristiana asume el impulso de la naturaleza y lo convierte en un amor que es respuesta al amor de Dios que siempre se anticipa. El amor de Dios engendra el amor del alma. "Nunca podrás anticiparte a El. En materia de amor, no te arroges la anterioridad o la intensidad; siempre su amor es anterior y más intenso" — "*Temere in tali negotio vel prius aliquid tribuis tibi, vel plus: et magis amat, et ante*"¹. Para que la oración sea pura siempre ha de ser breve, a menos que el amor de Dios *derramado en el corazón por el Espíritu Santo* (Rm 5,5) inspire prolongarla (c. 20). Todo en ella es simple, espontáneo, natural. La verdadera oración se vive no en grupo sino en soledad delante de Dios. Todo intercambio profundo no puede hacerse más que entre dos personas.

Esta espiritualidad de forma evangélica, basada en la fe, ¿rechaza toda otra forma de religión? Todos los hombres al menos entreven que, detrás de las cosas que captan los sentidos, se oculta una realidad que las sobrepasa. Esta experiencia despierta el sentimiento religioso. Los hombres se esfuerzan por alcanzar esa realidad. Pero difieren profundamente los medios que ponen en práctica para alcanzarla. Especialmente las grandes religiones orientales han desarrollado una ascesis y proporcionado esfuerzos de interiorización mucho más avanzados que Occidente. Han permitido que los hombres vivan una experiencia mística natural sumamente rica. La gracia, indudablemente no está ausente en ellas, porque *la Palabra viene a este mundo para iluminar a todo hombre* (Jn 1,9). ¿Acaso san Pablo no decía a los atenienses: *Os considero como hombres muy religiosos (preocupados por Dios)* (cfr. Hch 17,23)? En realidad, la religión hindú, con sus profundas intuiciones místicas, la sabiduría griega con su inteligencia tan luminosa, constituyen cumbres de humanidad. Si cotejamos al cristianismo con esos grandes valores humanos, vemos que adopta caminos completamente diferentes en su aproximación a la divinidad. Estos se resumen en una palabra: la fe. En tanto que los valores religiosos humanos son fruto de la tierra, el cristianismo es revelación celeste. No es en primer lugar una doctrina, ni una experiencia espiritual o una conquista de la inteligencia, sino que está condensado en una persona: Jesucristo. En él, la misma inteligencia se pone al servicio de la fe; se supera y se realiza en amor.

Por supuesto, tanto los cristianos como los orientales, perciben la caducidad de las realidades de este mundo: "Todo pasa, sólo Dios permanece", decía santa Teresa de Avila. Escuchan también el llamado a vivir den-

1. San BERNARDO, *Sup. Cant.* 69,8 (*S. Bernardi Opera*, vol. II, p. 207).

tro de sí mismos; es el “*redire ad cor*” de los Padres y la recomendación de evitar “la ausencia de sí” (*absens sibi*), para no desperdigarse en el exterior. Es verdad que es muchísimo más fácil dejar correr la vida en la superficie. Aquí desempeña su papel el sufrimiento, la cruz. Claudel llamaba a las grandes enfermedades, los “llamados de atención”. El Occidente conoce también grandes místicos que son santos. El cristianismo tiene todo eso en común con las grandes religiones orientales. En este campo, estos últimos nos dan incluso provechosas lecciones. Pero ¿a qué dios llega uno ahondando en lo más profundo de sí su vida interior? ¿Acaso ese dios no llegaría a ser nada más que la capacidad y la apertura infinitas del espíritu y del corazón del mismo sujeto, la proyección de su deseo infinito? En todo caso, una vida exclusivamente interior corre serio riesgo de sumergir al sujeto en un egocentrismo oculto bajo una apariencia espiritual. Quien se entrega a ella de ese modo fácilmente sustituye el verdadero yo por una representación artificial de sí mismo, elaborada —sin que se dé cuenta o lo reconozca— por su imaginación. Para escapar a esta tentación —de la que muy difícilmente nos libramos cuando caemos en ella— la vida interior, la vida espiritual debe tomar contacto con lo concreto de la historia. Esa es la condición de su salud y de la rectitud de su juicio.

Justamente aquí el cristianismo se aparta radicalmente de las demás religiones. Su originalidad es total; es de un orden completamente distinto. “*Christus omnem novitatem attulit seipsum afferens*” (San Ireneo). En primer lugar, respecto de la misma vida interior, el cristiano toma conciencia de que el más profundo recogimiento, que penetra más allá de las facultades en el mismo ser, es el del amor. La persona sólo toma verdaderamente conciencia de sí misma cuando concretamente a otra persona humana. Por eso, la vida interior cristiana, por más íntima y más recogida en sí misma que sea, al vivir el amor de Dios, estalla hacia afuera en amor activo al prójimo. *Si alguno dice: “Amo a Dios”, y aborrece a su hermano, es un mentiroso; pues quien no ama a su hermano, a quien ve, no puede amar a Dios a quien no ve (1 Jn 4,20).*

El hombre sólo toma conciencia de su amor espiritual a partir de una experiencia de amor sensible. El primero y único mandamiento es: *Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma... amarás a tu prójimo como a ti mismo (Mc 12,30)*. Es a partir de una experiencia humana como vamos a Dios, siempre superándola, pero sin por eso abandonarla. El cristianismo es una vida completamente dominada por el amor; proviene de Dios-Amor. *Dios es amor (1 Jn 4,8,16)*. *El que ama al prójimo, ha cumplido la ley... La caridad es, por tanto, la ley en su plenitud (Rm 13,8,10)*. *Toda la ley alcanza su plenitud en este sólo precepto: ‘Amarás a tu prójimo como a ti mismo’ (Ga 5,14)*. Caminar en presencia de Dios (primer grado de humildad), es amar. El amor hace presente a aquél a quien se ama.

Lo que distingue todavía más claramente al judeo-cristianismo de las demás religiones, naturistas o místicas, es su relación con la historia. Dios eligió los acontecimientos como lugares donde darse a conocer al hombre. Respeto al hombre tal como lo ha creado. Hay, en efecto, un vínculo interno entre la historia y la naturaleza del hombre. El hombre va hacia Dios según lo que él es, en su unidad de materia y de espíritu; no únicamente por la pura interioridad, sino también extrayendo los materiales de su desarrollo espiritual, de los bienes de este mundo porque no hay comunicación inmediata de espíritu a espíritu, aunque uno de ellos sea el Espíritu absoluto. Hasta cierto punto, se puede sin duda encontrar a Dios tomando conciencia de la propia interioridad, porque el misterio de la persona no se concibe más que en relación con el de Dios; pero esas experiencias fácilmente son ambiguas y el conocimiento de Dios que se adquiere en ellas, en todo caso, es vago y confuso.

El cristianismo nace desde antes de la creación del mundo; ha nacido desde toda la eternidad en la voluntad salvífica de Dios *el benévolo designio que se propuso de antemano ... hacer que todo tenga a Cristo por Cabeza ..., elegidos de antemano según el previo designio del que realiza todo conforme a la decisión de su voluntad, para ser nosotros alabanza de su gloria, los que ya antes esperábamos en Cristo (Ef 1,10-12)*. El misterio, esa *realidad suprema oculta en Dios, acaba de ser revelada en la historia por el Espíritu Santo a sus santos apóstoles y profetas*. Es por revelación, nos dice san Pablo, como hemos tenido conocimiento de ese misterio (cf. *Ef 3,3-5; Col 1,26*). *Sus corazones reciban ánimo y, unidos íntimamente en el amor, alcancen en toda su riqueza la plena inteligencia y perfecto conocimiento del Misterio de Dios: Cristo, en el cual están ocultos todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia. (Col 2,2-3)*.

Esto es el cristianismo, portador de la salvación del mundo. En su esencia, de ninguna manera es fruto de los más generosos esfuerzos religiosos de los hombres. Sólo lo conocemos "*por revelación*". Viene directamente del amor gratuito de Dios, y entró en nuestro mundo por la colaboración de la generosidad y del "fiat" de la Virgen María. Esta última abrió la humanidad al don supremo de Dios: su Hijo Jesús, Cristo, portador y realizador de la salvación. A todo lo largo de la historia, Dios progresivamente reveló a los hombres ese misterio de salvación. *Muchas veces y de muchos modos habló Dios en el pasado a nuestros Padres por medio de los Profetas; en estos últimos tiempos nos ha hablado por medio del Hijo a quien instituyó heredero de todo, por quien también hizo los mundos; el cual, siendo resplandor de su gloria e impronta de su sustancia, y el que sostiene todo con su palabra poderosa, después de llevar a cabo la purificación de los pecados, se sentó a la diestra de la Majestad en las alturas (Hb 1,1-3)*. El Hijo del amor de Dios, imagen del Dios invisible, en quien habita la plenitud de la divinidad

(cf. Col 1,15-19) vino a nuestro mundo para salvar a la humanidad pecadora. Jesús vivió en pleno la condición humana. Nacido en un establo, frecuentó a los pequeños, a los desprovistos, a los pecadores. Sólo se apartó de los que se complacían poniendo su confianza en sí mismos. Por último, condenado injustamente, murió como un bandido en la cruz. A través de ese destino de Jesús se realizó la venida de Dios en la historia: El se hizo muy próximo a los hombres. En Jesús, Dios comunica la vida eterna a los hombres, y también a través de la humanidad de Cristo viviremos la visión inmediata de Dios. En Jesús, el hombre penetra en el misterio de la Santísima Trinidad.

Ese don maravilloso no solamente colma el corazón del hombre, sino que supera todo posible deseo: "*excedit hominum non modo merita sed et vota*"². En su naturaleza profunda el cristianismo es el misterio mismo de Dios, incompreensible, trascendente, que se acerca al hombre y le ofrece compartir su vida a través del acontecimiento principal de la enseñanza, de la vida, de la muerte y de la resurrección de Cristo Jesús. La realidad así ofrecida supera infinitamente todo lo que la naturaleza humana puede esperar. Hay que liberarse de las pequeñas búsquedas de satisfacciones terrestres, para escuchar, en lo más profundo de sí, el llamado de Dios inscripto en la naturaleza humana. Este impulso, "*capacitas Dei*", es previo a toda decisión, a todo compromiso de la libertad. Pero, a pesar de la rectitud de su búsqueda, es ineficaz. Sólo aflora claramente a la conciencia después de aceptar el don gratuito de Dios. No podemos apoderarnos de Dios. Aunque la razón humana puede entrever la existencia de Dios a partir de la naturaleza (Rm 1,20), en sentido estricto no puede probar a Dios. Cuanto más es probado, tanto menos es encontrado. Dios se oculta más allá del más avanzado esfuerzo intelectual. Pero Cristo *nos lo ha hecho conocer* (Jn 1,18); "*El que me ha visto a mí ha visto al Padre*" (Jn 14,9). Aceptar esta luz que viene de otra parte y que supera las posibilidades del entendimiento humano, supone una conversión de la inteligencia que sólo puede obtenerse después de dolorosas purificaciones. Santo Tomás las compara con el martirio³. Acoger la ardiente luz de Dios exige un gran espíritu de pobreza.

El hombre es un ser con hambre de infinito, y sus propios límites le impiden unirse con el misterio que entreve. Necesita la ayuda gratuita de Dios. El cristianismo es el acontecimiento por el cual Dios, en su amor infinito, se nos revela en la historia. Por la Encarnación de su Hijo, Dios nos abre, por decirlo así, el acceso a su ser íntimo. Por Jesucristo, Dios mismo habla de sí mismo. Esta revelación de su naturaleza profunda que es

2. S. BERNARDO, I Nov. IV, 1 (*S. Bernardi Opera*, vol. V, p. 315).

3. S. THOMAS, II^a, II^{ae}, qu. 2, art. 10, ad. 3.

amor se realiza no a través de una teoría sublime, ni en una experiencia extraordinaria, sino teniendo en cuenta lo que nosotros somos en nuestro devenir terrestre. Dios en Jesucristo, transformó la historia de los hombres en historia de salvación. No hay que buscar a Dios fuera de este mundo. El Antiguo y el Nuevo Testamento ven en la historia el lugar privilegiado de la Revelación divina. Es en este mundo donde Dios habla y actúa. Dios no se comprende en primer lugar como una realidad universal de la que podría apoderarse la inteligencia de todo hombre de buena voluntad. Tampoco es el resultado de un sistema filosófico que proporcionaría la explicación del mundo. Su voluntad de salvación no se manifiesta por iluminaciones interiores; no se expresa en primer lugar en fórmulas doctrinales, sino en los acontecimientos. Leyendo y meditando la Biblia descubrimos quién es Cristo. En la Biblia no hay escritores de tipo puramente místico. En ella no encontramos la expresión "experiencia de Dios". Los profetas tienen visiones, pero siempre referidas a los problemas de su tiempo; dicen el sentido de los acontecimientos; leen en ellos la presencia y la voluntad de Dios. En una fecha y en un lugar precisos el Hijo de Dios se manifestó. *De su plenitud hemos recibido todos, y gracia por gracia (Jn 1,16)*. La Palabra de Dios resonó en la historia: *Y la Palabra se hizo carne, y puso su Morada entre nosotros (Jn 1,14)*. Desde ese momento, pretender conocer a Dios escatimando esta realidad es correr el riesgo de hundirse en el vacío y en lo imaginario. La respuesta a esta Palabra de Dios que nos ha revelado tanto la vida íntima de Dios como su designio de salvación de los hombres, es *la fe*.

La fe no es solamente una profundización, un aumento, un afinamiento del conocimiento natural, ni tampoco una experiencia de Dios más profunda. Es la aceptación del don de Dios, la respuesta que el hombre, llamado por Dios, da a la palabra y a la persona de Jesucristo. La fe supone la transformación de nuestro ser en hombre nuevo (cfr. *Jn 3,5*). Hay que "*ser de Dios para escuchar las palabras de Dios*" (*Jn 8,47*). El acto fundamental de la fe es completamente mío y completamente de Dios. Me pone en relación con Dios. La fe es relación entre dos personas, don de todo el ser a Otro. No puede ser conocida más que por su acto mismo. Es una luz nueva que viene de Otra Parte. La fe vive por el amor (cfr. *Ga 5,6*). Permite encontrar a Dios en la oscuridad que, en algunos momentos privilegiados, deja pasar algunos rayos de luz inaprehensible. Por su naturaleza, y por la de nuestra inteligencia hecha para comprender, el crecimiento en la fe conoce dudas y pruebas. La fe va quitando cortezas. Hace caso omiso de todos los apoyos que no son ella misma. No depende de las disposiciones religiosas del hombre. No hay que confundirla con lo que responde a nuestras costumbres, convicciones, prejuicios, gustos espirituales. La fe es esencialmente diferente de toda experiencia espiritual. Incluso puede prescindir de ella porque es pura obediencia a la Palabra. En ese estadio, en la fe como tal, ya no tienen importancia los valores religiosos. Si la fe se refugiara en

ellos, dejaría de ser lo que es. El cristianismo es histórico más que religioso. La fe es don gratuito de Dios: no proviene ni de la naturaleza ni de la cultura. Ofrece a todos los cristianos, cualquiera sea su grado de instrucción, la posibilidad de participar en la vida de Dios. Basta con ser humilde para acoger la revelación del misterio de Cristo que anuncia el amor de Dios en la historia.

El objeto de la fe es el misterio de Cristo, a quien Dios resucitó y estableció Señor y Salvador de los hombres. Esa es la buena noticia que anuncian los apóstoles y predicadores, quienes no hacen más que transmitir el mensaje que viene de Dios. *El Evangelio anunciado por mí no es de orden humano, pues yo no lo recibí ni aprendí de hombre alguno, sino por revelación de Jesucristo (Ga 1,11-12). Al recibir la Palabra de Dios que os predicamos, la acogisteis, no como palabra de hombres, sino cual es en verdad, como Palabra de Dios, que permanece operante en vosotros, los creyentes (1 Ts 2,13).*

La fe no es plena luz sino certeza. No está fundada en la sabiduría de los hombres, sino en el poder de Dios (1 Co 2,4-5). No obstante, no tiene nada que ver con cualquier fideísmo. Porque el acto de fe no se presenta sino después de haber visto que es razonable creer. El hombre, ser incompleto, es demasiado grande como para poder completarse por sus propias fuerzas. Su corazón es más grande que lo que puede concebir. Por otra parte, una vez que acepta el misterio, la inteligencia está dispuesta a ir captando toda su coherencia. Pero, la riqueza del misterio escapa a sus planteos. Se produce entonces como un trastocamiento profundo: ya no es el espíritu que busca penetrar el misterio, sino que el misterio inunda al espíritu con su luz. El don de Dios plenamente aceptado despierta en el corazón del hombre perdonado, salvado y asociado a la misma vida de Dios, una inmensa alegría. No es sólo la inteligencia, sino todo el ser el que es llevado por el amor. Más allá de toda experiencia religiosa, accede, después de pasar por el desierto, al encuentro con Dios, en un amor recíproco, conocido por la fe viva. El creyente se sabe amado por Dios, de acuerdo a lo que le revela la Escritura.

En la medida de la fe, Cristo vive en nosotros (cfr. Ga 2,20; Ef. 3,17); participamos en la plenitud de su vida humano-divina. Nuestra verdadera vida es participación de la del Padre revelada en Cristo, quien vino para que los hombres tengan vida en abundancia (Jn 10,10). La fe es el acto por el cual el hombre se compromete totalmente con Dios, se encomienda absolutamente a El. Sólo Dios es el autor de la salvación realizada en Jesucristo. La fe es el acto más profundo de la libertad, la opción decisiva de la que depende nuestra eternidad. La fe en Cristo es la divinización del hombre: ella asegura el cumplimiento de su libertad⁴, porque sólo ella lo cons-

4. Cfr. S. THOMAS, *II^a II^{ae}*, qu. 5, art. 5, ad 1.

tituye en su auténtica relación con Dios y le permite así llegar a ser plenamente él mismo. La fe es la esperanza de la vida eterna que se fundamenta en la Palabra de Dios. Abre las puertas del Reino de los cielos. La visión beatífica inmediata de Dios se hará a través de la humanidad de Cristo.

Es por la fe como Dios justifica al hombre *gratuitamente, por pura gracia, independientemente de sus obras, en virtud de la liberación (del pecado y de toda alienación) realizada en Jesucristo. Es a él a quien Dios destinó para que sirviera de expiación por su sangre, mediante la fe* (cfr. Rm 3,22-28). Dios es justo, esto quiere decir que permanece fiel a sí mismo y a su designio de salvación para los hombres. En Jesús, El cumple sus promesas, realiza su Alianza. La fe en El nos trae el perdón de los pecados, la liberación de todas las sujeciones, la verdadera libertad vivida en la felicidad y en la alegría del amor. Evidentemente, teniendo en cuenta la situación histórica del hombre sobre la tierra, anunciar esta liberación suprema a hombres oprimidos por las circunstancias de sus vidas, en lanzarles un desafío inaceptable. Igualmente, hablar del amor de Dios a personas que nunca conocieron ni amor ni cariño, es provocarlos a la rebelión. En casos semejantes hay que imitar a Cristo en quien todo el apostolado era dar testimonio del amor. San Bernardo nos dice que hay que amar incluso al propio enemigo para enseñarle el amor: "*diliges ut diligat*" (Cant. 50,7).

Cristo es nuestra justificación, nuestra reconciliación con Dios; en El se inaugura para nosotros la vida del Espíritu: *a nosotros nos mueve el Espíritu a aguardar por la fe los bienes esperados por la justicia* (Ga 5,5). La verdadera justicia es la que viene de Dios, dada por la fe (cfr. Rm 3,25), no la que el hombre pretendía adquirir por sus obras: *hemos creído en Cristo Jesús a fin de conseguir la justificación por la fe en Cristo, y no por las obras de la ley, pues por las obras de la ley nadie será justificado* (Ga 2,16). Santo Tomás extenderá esta verdad a las mismas leyes evangélicas. Es significativo que Pablo, que conoce las transgresiones y otras debilidades humanas, reserve la palabra "el pecado" a la disposición del hombre que quiere asegurar su felicidad por sus propias fuerzas, ya sea satisfaciendo sus pasiones, ya sea fiándose de sus virtudes. En los dos casos, no es justo delante de Dios. La justificación proviene de la sola fe en Cristo. Pablo no por eso reconoce menos la importancia de las obras, especialmente la obediencia a la ley del amor: *Tú ¿por qué juzgas a tu hermano? Y tú ¿por qué desprecias a tu hermano?* (Rm 14,10). Seremos juzgados según nuestra conducta. Pero Pablo funda su confianza en el día del juicio no en sus obras, sino en Dios que justifica y en Cristo que murió por nosotros y que intercede por nosotros (cfr. Rm 8,34).

Cristo Jesús, mi Señor, por quien perdí todas las cosas... para ganar a Cristo, y ser hallado en él, no con la justicia mía ... que viene de la Ley, sino la que viene por la fe de Cristo, la justicia que viene de Dios, apoyada

en la fe (Flp 3,8). Se trata pues de *conocerle a él, el poder de su resurrección* (Flp 3,10) porque *Dios, que resucitó al Señor, nos resucitará también a nosotros* (1 Co 6,14).

La fe que acoge el misterio es ella misma don de Dios; nos permite *conocer el amor de Cristo, que excede a todo conocimiento, para que os vayáis llenando hasta la total Plenitud de Dios* (Ef 3,19). San Pablo puede gloriarse de que *Dios para realizar su plan le concedió en orden a nosotros ... por una revelación el conocimiento ..., la inteligencia del Misterio de Cristo* (Ef 3,3-4). Para él, *vivir es Cristo* (cfr. Flp 1,21). Ya nada puede *separarlo del amor de Cristo, del amor de Dios manifestado en Cristo ...; salimos vencedores gracias a aquel que nos amó* (Rm 8,35-39). Ya no hay nada que esperar, se nos ha dado todo cuando Dios *no perdonó ni a su propio Hijo, antes bien le entregó por todos nosotros, ... con él graciosamente nos da todas las cosas* (Rm 8,32). No hay salvación fuera de Jesucristo (cfr. Hch 4,12).

¡Esto es el cristianismo! Delante de la inconmensurable riqueza y de la gloria de ese misterio (cfr. Col 1,27) que nos ofrece la plenitud de la vida, de la libertad y del amor, aquel que, con Pablo, *ha sido alcanzado por Cristo* (Flp 3,12) sufre en su amor por Cristo y por sus hermanos cuando tantos cristianos, incluso religiosos, buscan el alimento de su vida interior en otras religiones. No hay que rechazarlas, y hay que aceptar su parte de verdad, pero la búsqueda que se pone de manifiesto en ellas debe ser convertida, es decir, dada vuelta, transformada, para que pueda integrarse en el movimiento de la fe, sin la cual los impulsos místicos naturales serían "la antítesis de la salvación cristiana" (H. de Lubac). El deseo, con su coeficiente de infinito, fácilmente puede encontrar su satisfacción en sí mismo. Pero "el origen de la oración no está en nosotros; se inserta en un diálogo que se sitúa en el interior de la Alianza en la cual Dios tomó la iniciativa" (R. Mehl). Antes de comprometerse en otros caminos, es más simple y más verdadero, más próximo a la vida, decir sí al *amor de Cristo que nos apremia* (2 Co 5,14) y penetrar así en la profundidad de su misterio insondable.

San Benito nos dice que tenemos que estar llenos de solicitud por la obra de Dios (c. 58), que nada se debe anteponer a ella (c. 43), debido a que la sagrada liturgia, a través de símbolos eficaces, hace presente el misterio de Cristo. Todos los participantes, cada uno superando su forma propia de espiritualidad, se encuentran unidos en el amor de Cristo. A la luz de los textos del Nuevo Testamento que nos hablan de Cristo, comprendemos cómo san Benito, cuya "*regla está completamente sometida a la luz de la caridad*"⁵, tiene razón en exhortar a sus discípulos a "*no anteponer absoluta-*

5. Pedro el Venerable, *Lettre* 111 a san Bernardo (Ed. Constable, vol. I, p. 285).

mente nada-al amor de Cristo" (c. 4 y 72). El amor es el único medio que tiene el hombre para entrar en una verdadera relación con Dios y con sus hermanos.

Traducción del francés

por Trinidad Iribarne, osb – Monasterio Gaudium Mariae

*Abbaye Notre-Dame de Scourmont
B- 6483 Forges – Bélgica*

André-Corneille HALFLANTS, ocsso